

ADVIENTO en sus lugares y mediadores

ENRIQUE SANZ GIMÉNEZ-RICO, SJ
Profesor de Sagrada Escritura
en la Universidad Pontificia Comillas
y director de la revista *Sal Terrae*



Próximo a un nuevo Adviento, nos detenemos esta vez en un relato paradigmático del Antiguo Testamento: el paso del Mar Rojo (Ex 14). La luz, el agua y la salvación se dan cita en un texto que narra el nacimiento de Israel, la victoria de Dios sobre el Faraón, de la Vida sobre las fuerzas del pecado y la esclavitud. Unos hechos que, además, ilustran la estrecha relación entre la Navidad y el Adviento, tiempo para descubrir lugares desconocidos de la mano de buenos mediadores. ¡Ojalá que estas páginas nos ayuden a identificar nuevos “Moisés” que, con su palabra y su vida, nos conduzcan hacia esos escenarios donde poder confesar que el Señor ha venido (*ya*), pero que en verdad está aún viniendo (*todavía no*)!

Conciencia y memoria agradecida

Hace ya un buen puñado de años, **Karl Rahner** escribió un precioso libro titulado –en su traducción castellana– *Homiliario bíblico*. En una de sus páginas, en la que ofrece pistas y orientaciones para el Adviento desde la clave del comienzo del evangelio de Juan, afirma: “**Juan** es una figura adventicia (de Adviento), el tipo de hombre que está entre el pasado y la venida del Señor... La Iglesia evoca la figura de Juan para decirnos lo que es el Adviento, pues el Señor ha venido; pero en verdad está aún viniendo. Aquí está ya; pero sigue siendo, en medio de nosotros, el Dios escondido... Y aunque la eternidad no ha llegado aún, no significa que no hayamos de estimar la luz que está ya encendida; no significa que hayamos de apartarnos de esta tierra, pero sí que no debemos cerrar los ojos a la otra luz. Debiéramos, pues, mirar a tal precursor (Juan)”¹.

Es cierto, el Adviento expresa con su propia y paradójica claridad que nuestra vida cristiana está situada entre el “ya” de la encarnación y el “todavía no” de la plenitud escatológica: Cristo está presente en medio de nosotros, pero su presencia no es todavía definitiva. Las semanas previas a la fiesta de Navidad evocan la dimensión histórico-sacramental de la salvación y la dimensión escatológica del misterio cristiano, es decir, todo el misterio desde la venida de **Jesús** a la historia hasta su final. Y es precisamente la fiesta de la Navidad la que concentra y actualiza como misterio sacramental la plenitud de la venida de Cristo: la histórica ya sucedida y la última que sucederá. Por eso se dice que la Navidad es memoria de la salvación acaecida y anticipación escatológica de la parusía.

Pues bien, según lo que estamos señalando, importante es recordar que el Adviento mira fijamente y remite a la Navidad. De hecho, ya en el siglo IX, **Amalario de Metz** definía el Adviento como *preparatio adventus Domini*,



manteniendo así el doble sentido de la palabra (venida del Señor y preparación a dicha venida) e indicando también que el contenido de la fiesta de Navidad sirvió para designar el tiempo preparatorio precedente². Vamos, pues, a centrar nuestro interés en este Pliego en esa estrecha conexión entre el Adviento y la Navidad y a destacar sobremanera la invitación a vivir este tiempo de espera y esperanza desde la conciencia y memoria agradecida de que la “Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria” (Jn 1, 14). Una conciencia y una memoria que –así lo creemos en profundidad– nos pueden hacer vivir la espera de la parusía y venida definitiva de Cristo con una fe madura que brota de una salvación recibida de manera gratuita y con esa alegría inmensa que el nacimiento de Jesús infundió a los Magos de Oriente, quienes, al recibirla, lo adoraron prostrados en tierra (Mt 2, 10-11).

“AL AMANECER SALVÓ EL SEÑOR AQUEL DÍA A ISRAEL DEL PODER DE LOS EGIPCIOS” (Ex 14, 27.30)

Todos hemos pronunciado, recordado y meditado más de una vez las bellas palabras del comienzo del evangelio de Juan: “La Palabra era la luz verdadera, que con su venida al mundo ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9). Seguro que de modo especial durante el tiempo de Navidad, tiempo de luz y alegría, tiempo de júbilo y gozo, porque la Palabra ha venido a nuestro mundo a traernos la salvación. Seguro que también, en más de una ocasión, durante el Adviento, tiempo en el que el símbolo de la luz acompaña nuestra espera. Basta recordar, por ejemplo, las repetidas referencias a la luz de las antífonas de entrada de las celebraciones eucarísticas durante las cuatro semanas de Adviento (“él iluminará lo que esconden las

tinieblas”; “vendrá el Señor y aquel día brillará una gran luz”; “el Señor llega con poder, iluminará los ojos de sus siervos”); y basta también recordar la vela encendida que preside las citadas celebraciones, que quiere anunciar y expresar lo central de nuestra vida: la salvación que nos ha traído Jesús.

Hay en el Antiguo Testamento un relato paradigmático, que ha dejado su huella en muchas de las páginas de los dos testamentos, especialmente del primero de ellos: el paso del Mar Rojo (Ex 14). Un relato marcado por símbolos tan profundamente vitales como la luz y el agua, y que habla de manera sobreabundante de la salvación que Dios concedió a su pueblo; un relato, además, catalogado muy frecuentemente como relato de nacimiento, del nacimiento de Israel, y que sirvió, por ejemplo, a los Padres de la Iglesia, para afirmar que el nacimiento en Ex 14 es una liberación de todas las fuerzas del pecado, una victoria de Dios sobre la muerte y sobre Satán. Pues bien, creemos que este relato puede ser también paradigmático para ilustrar la relación entre Adviento y Navidad, tan presente en todas nuestras páginas. No únicamente porque contiene símbolos y términos tan propios de Adviento y Navidad (luz, salvación), sino de manera especial por –así vamos a intentar mostrarlo a continuación– el carácter ilustrativo, aclaratorio e iluminador del desierto y el mar, lugares decisivos en la vida de Israel en los que, como evoca el título de este apartado, recibe la salvación de Dios y responde a ella creyendo en Dios y en **Moisés**, su siervo (Ex 14, 31). Pues bien, dichos lugares pueden ser también paradigmáticos y decisivos para nosotros durante este cercano tiempo de Adviento. De ahí que –éste es el itinerario que vamos a recorrer– proponemos asomarnos y entrar primeramente en el apasionante relato de Ex 14 para poder así, en segundo y último lugar, entrar en el tiempo del Adviento desde la óptica del desierto y el mar³.

Es característico de los relatos que habitualmente leemos, bíblicos o de otro tipo, presentar en su comienzo a los personajes principales que en ellos

actúan y la información necesaria para comprender la acción con que se inicia la trama. En el caso que nos ocupa, Ex 3,1–4,17, la vocación de Moisés y el plan de Dios (“he observado la aflicción de mi pueblo en Egipto y he bajado para librarlo del poder de Egipto y subirlo a un país bueno y espacioso”), es el inicio de la acción que concluirá en Ex 14 con la liberación de Israel por parte de Dios en el paso del Mar Rojo. Una acción recordada, resaltada y destacada por muchos textos bíblicos, muchas formulaciones teológicas y muchas confesiones de fe que evocan el conocido “Dios bajó para librar a su pueblo del poder de Egipto” (Ex 3, 7).

Es cierto, no puede quizás existir una acción liberadora tan emblemática y paradigmática como la que se narra en ese versículo y en los que le siguen. Sin embargo, antes de que dicha acción se inicie en Ex 3, el narrador, además de presentar a Israel, el Faraón, Dios y Moisés, ofrece en Ex 1 una importante clave para comprender todo lo que sucede en los restantes capítulos de la unidad textual Ex 1-14.

El Faraón de Egipto y Dios

El libro del Éxodo se abre con un interesantísimo capítulo en el que ocupan un destacado lugar el Faraón de Egipto y Dios. Éste aparece



caracterizado como el Dios de la vida, como el Dios que cumple la promesa, hecha en el libro del Génesis, de una bendición y una descendencia abundante y copiosa a los antepasados de Israel (Ex 1, 7.9.12.20-21). En estos episodios tan conocidos, entre los que destaca probablemente el de las parteras hebreas, Dios se muestra como el que está a favor de la vida y el que mira al futuro generando vida.

Frente a Él está, en cambio, el Faraón de Egipto, el amante de la muerte. Se opone radicalmente a Dios y a su plan de vida y bendición e intenta repetidamente, mediante dos discursos dirigidos a su pueblo y otro más que dirige a las matronas, aniquilar a Israel. Un Faraón que, sin embargo, no se rinde de ninguna manera ante las adversidades, ante los dos importantes reveses que sufre cuando la orden dada por él (aniquilar y matar a los niños hebreos) ni se cumple ni se realiza (Ex 1, 8-14; Ex 1, 15-21).

Dos personajes, dos programas, dos objetivos totalmente opuestos: vida o muerte, bendición o destrucción, salvación o aniquilación. Importante en Ex 1 es no sólo la presentación y actuación de tan importantes y representativos opositores, sino el contacto y la relación que entre ellos se establece. Y sobre todo el hecho de que, a pesar de los dos reveses sufridos por el Faraón ya mencionados, Ex 1 se termine con esta frase lapidaria: “Luego el Faraón dio orden a todo su pueblo, diciendo: todo hijo que nazca a los hebreos lo arrojaréis al río; en cambio, a toda hija la dejaréis con vida” (Ex 1, 22). Es cierto que el final de Ex 1 no presenta el resultado de la citada orden, es decir, si ésta se cumple tal y como deseaba el Faraón. Ahora bien, sí que puede señalarse que ella es la última palabra que escucha y lee el lector del relato que con tanta atención ha seguido la pugna entre Dios, amante de la vida, y el Faraón de Egipto, amante de la destrucción. Un aspecto éste que, probablemente, está poniendo de relieve que el Faraón y su programa aniquilador son más fuertes y poderosos que el Dios de la bendición. Ello provoca, sin duda, interés y tensión en el lector del relato,

que se puede preguntar hasta qué punto dicha fuerza y poder son definitivos y de qué manera –si es que se da– el Dios de la promesa y bendición está, al igual que Israel, sometido al Faraón.

Lo cierto es que, además de esta importante inquietud, Ex 1 parece presentar un rasgo muy particular de Dios: en el silencio y en la aparente pasividad y ausencia, Dios no oculta su rostro a Israel. Y no lo oculta porque también Él se encuentra amenazado y atacado por el Faraón de Egipto. Importante es entonces no sólo que Dios está a favor de la vida de Israel, maltratado y atacado por el Faraón, sino que Dios comparte con su pueblo dicho ataque y maltrato. De ahí que sea importante resaltar que es precisamente ese hecho el que está en el origen de su acción y actuación liberadora en favor de su pueblo. Por eso, y recordando lo señalado en líneas precedentes, Ex 1 ofrece una importante clave de comprensión de Ex 1-14 y de sus principales episodios (vocación de Moisés y programa liberador para Israel, plagas de Egipto, etc.): porque Dios ha sufrido en sus propias carnes los padecimientos y las vejaciones del Faraón, por eso puede liberar al que también las ha sufrido en sus propias carnes (Israel). Dicho con otras palabras, porque Dios entiende de sufrimiento, es decir, por ser afín al sufrimiento, puede entonces, por ser alteridad, liberar al que sufre y padece vejaciones y humillaciones.

El plan estratégico de Dios

Si el comienzo del libro del Éxodo nos ofrece esta interesante clave ahora presentada, a partir de Ex 3 se narra la actuación salvífica de Dios en favor de Israel. Todo comienza con el plan estratégico de un Dios que “ha visto la aflicción de su pueblo y ha oído su clamor porque conoce sus padecimientos” (Ex 3, 7). Dios se pone en marcha para que, por medio de su mediador Moisés, a quien se le hace cercano y visible en la distancia invisible de la zarza, se lleve a cabo su plan liberador. Un plan que habla de que Dios, quien tan en profundidad comprende el sufrimiento de Israel, es el que precisamente le responde en su necesidad: Dios sale de sí mismo



para liberar a su pueblo. La liberación que Dios realiza, y que expresa su solidaridad con Israel, incluye el alejamiento de éste de Egipto y de la enorme angustia que le produce, su ruptura definitiva con él y el ingreso en la tierra prometida. Un plan que tiene en el envío de Moisés ante el Faraón un punto decisivo de referencia: “Ahora, pues, ¡janda!, te envío al Faraón; ¡saca de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel!” (Ex 3, 10).

Muchos son los episodios que suceden en los capítulos inmediatamente posteriores al de la llamada a Moisés para liberar a Israel de la esclavitud egipcia. Uno muy importante es la primera entrevista de Moisés con el Faraón, que termina en un fracaso

estrepitoso: “Entonces Moisés volvió a Yahvé y dijo: ¡Señor mío! ¿Por qué maltratas a este pueblo? ¿Para qué me has enviado? Desde que me presenté al Faraón para hablarle en tu nombre, maltrata a este pueblo y Tú no has librado a tu pueblo en modo alguno” (Ex 5, 22-23). Fuertes palabras y llamativo (¿heterodoxo?) reproche de Moisés a Dios ante el aumento de las cargas, los ataques y la opresión a la que son sometidos los israelitas por parte de Egipto.

Un Moisés que fracasa en su primera misión, pero a quien Dios dirige un nuevo mensaje en Ex 6: “Yo soy Yahvé y os sacaré de debajo de las cargas de Egipto, os libraré de su servidumbre y os redimiré con brazo extendido y grandes castigos” (Ex 6, 6). Un mensaje que tiene su continuación en el conocido relato de las plagas de Egipto (Ex 7-12), que sitúa en su centro principal la lucha y oposición entre Dios y el Faraón. En colaboración con Moisés y **Aarón**, Dios quiere transmitir al rey egipcio que ejerce un señorío sobre toda la tierra y todas las criaturas y que quiere que tanto Egipto como Israel reconozcan el citado señorío. Por medios distintos, Ex 7-12 muestra el inmenso poder de Dios e intenta provocar una reacción al mismo, especialmente por parte del Faraón. Un Dios cuyo inmenso poder está acompañado también de esta referencia, que aquí solamente mencionamos: ante la intercesión de Moisés de que haga cesar diversas plagas devastadoras, Dios elimina





las mismas, mostrándose así como un Dios pacientemente poderoso.

Sin embargo, el Faraón de Egipto se niega a reconocer a este Dios, expresando de nuevo el relato del Éxodo su potencia, su resistencia e incluso su superioridad sobre el Dios que no ha conseguido, por medio de tantas plagas, derrotarlo definitivamente.

Esta obstinación del Faraón queda resaltada una vez más en la doble conclusión del relato de la salida de Israel de Egipto. En varias ocasiones (historia de **Abraham**, historia de **José**, libro de **Jonás**, algunas parábolas en **Mateo** o **Lucas**), podemos encontrar en la Biblia pasajes con doble conclusión climática, que provocan sorpresa e interés en sus lectores. En Ex 12, 40-50 Israel sale de Egipto, es decir, se aleja de la opresión faraónica. Una salida que no acepta ni soporta el gran rey egipcio, quien, como aparece en los versículos iniciales de Ex 14, “persiguió a los hijos de Israel, los cuales partían a mansalva. Los persiguieron los egipcios y les dieron alcance, toda la caballería, los carros del Faraón y sus jinetes y su ejército”. En el fondo, lo único que desea fervientemente el rey de Egipto es someter a Israel a la esclavitud y la servidumbre y mantenerlo siempre bajo su dominio.

Una disyuntiva espacial y temporal

Este acoso y persecución causan un enorme miedo y un gran pavor en los israelitas, quienes en dicha situación gritan a Yahvé y se dirigen a Moisés

en estos términos: “¿Acaso por faltar tumbas en Egipto nos has traído a morir en el desierto? ¿Qué es eso que nos has hecho al sacarnos de Egipto?... ¡Déjanos que sirvamos a los egipcios, pues más nos vale servir a los egipcios que morir en el desierto!” (Ex 14, 11-12). Israel se encuentra en estos momentos en una situación muy particular: seguir en el desierto o volver a Egipto. Éste último es el lugar de la muerte, de la servidumbre, de la esclavitud, de la dependencia, de la falta de libertad. Pero es también un lugar conocido, que le ofrece y produce seguridad. El desierto, en cambio, es el lugar desconocido, donde todo es nuevo y donde todavía todo está por descubrir. Una disyuntiva espacial que es igualmente temporal: nostalgia de un pasado seguro versus apertura y miedo a un futuro por descubrir. Ahora bien, la alternativa Egipto-desierto parece presentar un desequilibrio e inclinación en favor del lugar de la esclavitud, ya que la mención del primero de ellos es mucho más numerosa que la del segundo, subrayando así que Israel parece preferir claramente vivir



anclado en la seguridad del pasado conocido, aunque éste sea de clamorosa ausencia de libertad, que abrirse a la libertad y a la novedad que el desierto, lugar todavía por descubrir, le puede ofrecer.

Pero hay aún más. Israel no sólo parece preferir la vuelta a Egipto cuando acaba de comenzar a vivir en el desierto, sino que también se olvida allí de dos decisivas referencias o novedades que ya se le han presentado de manera germinal en el citado lugar: Dios y el mar. Curiosamente, y tal como se ha señalado en líneas precedentes, Israel clama a Dios en Ex 14, 10, y lo hace porque sabe que Él le puede conceder la salvación y la vida. Un versículo después, en cambio, parece situarse muy cerca de Egipto, al que tan repetidamente recuerda y menciona: está tan próximo a Egipto y al pasado que se olvida de la presencia de Dios en el desierto. Por otra parte, y en relación con el mar, Israel parece no recordar que ya en el principio el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas (Gn 1, 2), y que el propio Dios puede manifestarse en el agua, en el mar, como su creador, como su salvador; precisamente en el mar al que Israel se había acercado y junto al que había acampado, tal y como se afirma dos veces en Ex 14, 2.9.

Pues bien, decisiva es la actuación de Moisés en relación con esta aguda crisis en la que se halla Israel. El profeta que conocía a Yahvé cara a cara (Dt 34, 10) logra poner en contacto a Israel con Dios y también con el mar: “Contestó Moisés al pueblo: ¡No temáis! Manteneos firmes y veréis la salvación que Yahvé va a llevar hoy a cabo por vosotros; pues tal como habéis visto hoy a los egipcios no volveréis a verlos nunca jamás. Yahvé combatirá por vosotros, y vosotros quedaos quietos” (Ex 14, 13-14). Su intervención es, sin duda, decisiva para la marcha y la vida de Israel, pues sin ella es muy probable que éste hubiera regresado al lugar de la muerte, de la ausencia de libertad, de la falta de vida (Egipto). Una intervención, por otra parte, que recoge de manera resumida y sintética los acontecimientos que siguen a continuación, decisivos para la vida de Israel: su entrada en el mar y la recepción en dicho lugar de la salvación que Dios le otorga.

Ciertamente, es de relevante y particular importancia el comienzo del discurso recientemente mencionado que Moisés dirige a Israel. En primer lugar, porque recoge la referencia al temor, manifestado por Israel antes de dirigir su grito a Dios y de pronunciar su intención de regresar a Egipto. En segundo, porque el ¡no temáis! que pronuncia Moisés en relación a Israel está acompañado de importantes referencias: manteneos firmes; veréis la salvación que Dios va a obrar en favor vuestro. Moisés habla, pues, de Dios a Israel, reintroduce la referencia a Dios en relación con su pueblo (“vosotros”); y lo hace precisamente en un momento y en un lugar en el que éste no sólo se había olvidado de Él, sino que había pronunciado repetidamente el nombre del Faraón. De ese modo, Moisés realiza la acción contraria a la realizada por Israel: presenta a un Dios que va a salvar, y que, como él mismo recuerda por su insistencia en el hoy (dos veces en Ex 14, 3), va a salvar en el presente y en el lugar en el que se encuentra Israel. Para ello, es únicamente necesario que éste último se mantenga firme, no se mueva, pues todo lo demás está en manos de Dios, quien, de manera gratuita y no como consecuencia de un deber u obligación adquiridos, ofrece una salvación a Israel.

Sentido y valor de la salvación

El sentido y el valor de dicha salvación son narrados con todo detalle en los versículos siguientes (Ex 14, 15-31). En ellos se cuenta fundamentalmente:

- Que Israel finalmente corre el riesgo de entrar en el mundo desconocido y de dirigirse a un lugar nuevo. Cruza el mar y, de ese modo, deja atrás la vida en Egipto, el sometimiento a su Faraón y se abre a todas las posibilidades de vida que el mar le abre, un mar que curiosamente –así sucede con Egipto– puede conducir a la muerte. Al entrar y atravesar el mar Rojo, Israel rompe con la esclavitud, con la vida organizada, con el sometimiento, y entra en una vida libre que está por construir y diseñar. Muchos de los símbolos de Ex 14,15-31, agua, luz, amanecer, así como también la nube (que se sitúa entre Egipto e Israel, separándolos), expresan con gran belleza y naturalidad todos estos aspectos.



- Que el miedo y el grito inicial de Israel se transforman en temor de Dios y confianza en él y en su siervo Moisés. Con otras palabras, el temor miedo con el que Israel se dirige en primer lugar a Dios se transforma, al cruzar el Mar Rojo, en temor reverencial.

Se trata de una salvación operada fundamentalmente por Dios, autor central y principal de ella y de los episodios que a ella conducen. Sí, de Dios y a través de Moisés recibe Israel la posibilidad de ser sujeto libre con capacidad de acción y decisión, abandonando así su condición de esclavo y dejando atrás una vida privada de libertad. Al ofrecer Dios a Israel la salvación, al cambiar su vida y su suerte, Dios aparece y se manifiesta como un Dios transformador. Los capítulos siguientes al que nos ocupa en las últimas páginas confirman la verdad de esta transformación, la verdad de la nueva condición de Israel. Mediante repetidas referencias al murmurar de Israel (Ex 15, 24; 17, 3), se subraya el rechazo y la infidelidad de éste respecto a Dios, el que precisamente le ha dado la libertad. Una vez que Israel ha cruzado el mar, una vez que ha entrado en un nuevo lugar, está en disposición de ejercer la libertad recibida, incluso rechazando a Dios y siendo infiel a Aquél que “guió a su pueblo con su gracia y lo redimió” (15, 13).

“Manteneos firmes”

Pues bien, y volviendo nuevamente al importante discurso de Moisés de Ex 14, 13-14, es necesario acercarse con mayor atención a la exhortación

que dirige Moisés a Israel: “Manteneos firmes”. Se trata de una expresión con una importante connotación pasiva, receptiva: a Israel se le pide que participe y asista a los acontecimientos que se anuncian y van a suceder de un modo pasivo, es decir, que sea testigo (visual) receptor de los mismos y se deje atravesar por ellos. Con otras palabras: que participe activamente mediante el sentido de la vista y pueda ver lo que Dios hace por él, camino muy adecuado para que los acontecimientos salvíficos le impresionen, marquen y dejen huella. Y se trata, además, de una expresión que aparece en bastantes ocasiones en un ámbito teofánico o de revelación. De manera que a Israel se le pide que asista como testigo a un acontecimiento que va a revelar a un Dios salvador, que responde al grito de impotencia y desánimo de su pueblo con una acción salvífica especial y cualificada, que lo transforma profunda y radicalmente. Una transformación para la que sólo le ha sido requerida la disposición a ser llevado por Dios de un lugar a otro, a ser transportado de un lugar conocido, en el que el miedo por el peligro de los egipcios disparó todas sus alarmas, a otro desconocido en el que se recibe la vida, la libertad: el mar, el lugar de la luz, el lugar de la palabra salvífica de Dios.

Es quizás esta buena disposición a ser llevado y transformado la que hace posible que Israel pase de gritar a Dios a temer y creer en Él, de tener miedo a expresar su temor reverencial por Dios y por su siervo Moisés, tal y como puede leerse al final del relato de Ex 14: “Vio, pues, Israel el gran poderío que Yahvé había ejercitado contra los egipcios y el pueblo temió a Yavhé y creyó en Yahvé y en Moisés, su siervo” (Ex 14, 31). Una buena disposición enmarcada, una vez más, en la acción primera, central y originaria de Dios en favor de Israel, que hace posible que éste pase de la apertura a Dios mediante el grito en medio del miedo a su conocimiento personal. Dios hace que la invocación inicial del Israel atemorizado y nostálgico por regresar a Egipto se torne una adhesión personal a Dios que lo aleja de la muerte y le abre el camino y la puerta de la vida. El relato habla ciertamente de esa actitud relacional que une a personas, de esa confianza

de Israel en Dios y en su profeta Moisés, similar a la expresada, por ejemplo, en Gn 15, 6: “Abraham creyó en Yahvé y ello le fue reconocido como justicia”. Dios y Moisés, su siervo, quien ha contribuido a que el primero salvara a Israel y lo capacitara para reconocer la salvación, son los destinatarios de esa fe relacional de Israel, expresión auténtica de la libertad recibida de Dios. Una fe que aparece en Ex 14, y especialmente en Ex 14, 30-31, como el reconocimiento de la justa y fiel actuación de Dios y su aceptación y recepción, y que presenta como características principales el ser gratuita, personal y procesual. Gratuita, en cuanto que es el resultado de la recepción de una acción gratuita de Dios; personal, en cuanto que su punto de partida es el grito personal de Israel; procesual, ya que se produce un paso del citado grito, que se da en medio de la injusticia, al reconocimiento de la salvación y la libertad recibidas.

No podemos concluir este largo apartado sin una mención a los símbolos del relato de Ex 14, que nos abren la puerta a las consideraciones finales de nuestra colaboración. En Ex 14, 20 leemos “ahora bien, vino la nube ya a oscurecer ya a iluminar la noche, de suerte que no se acercó el uno al otro [Egipto e Israel] durante la noche toda”.

En los versículos siguientes el narrador cuenta que “Moisés extendió su mano sobre el mar y Yahvé retiró el mar mediante un recio viento solano que sopló durante toda la noche, dejó el mar seco y las aguas se hendieron. Entonces los hijos de Israel penetraron en medio del mar a pie enjuto y las aguas para ellos formaban como un muro a su derecha y su izquierda” (Ex 14, 21-22). Y posteriormente se dice que “a la vigilia de la mañana sucedió que oteó Yahvé el campamento de los egipcios desde la columna de fuego y la nube y y desbarató a las huestes egipcias... Luego dijo Yahvé a Moisés: extiende tu mano sobre el mar y tornen las aguas sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre sus caballeros. Moisés extendió en efecto su mano sobre el mar y, al rayar el alba, el mar volvió a su estado natural, mientras los egipcios huían de su encuentro, precipitando así Yahvé a los egipcios en medio del mar” (Ex 14, 24-27).

El agua y la luz/oscuridad (amanecer/noche) son, sin duda, los símbolos más presentes en los versículos mencionados. El primero de ellos alude a esa nueva vida que vive Israel, a ese nuevo nacimiento que alumbra su entrada en el Mar Rojo. El agua y el mar son lugares que poseen también un carácter evocador, ya que absorben

y acaban con Egipto, ese lugar al que Israel quería volver para vivir una vida de servidumbre, de muerte, muy contraria a la vida. La luz, por su parte, está estrechamente unida en Ex 14 a la salvación, ya que el momento central de la salvación de Israel sucede la rayar el alba. Esa luz que, entre otras cosas, alumbra, da vida, orienta y acompaña siempre a quien la recibe.

EL ADVIENTO, TIEMPO PARA EXPLORAR Y VISITAR NUEVOS LUGARES

Es momento de recordar los elementos más importantes del itinerario hasta ahora recorrido. Es momento de volver sobre ellos para tratar de acercarnos a un tiempo que se avecina, el Adviento, desde la clave espacial hasta ahora mencionada, de su inseparable compañera temporal, y de destacar el valor de la mediación.

No es del todo imposible que nuestra vida tenga muchas semejanzas con la del Israel de Ex 14. Y no es del todo imposible, por tanto, que el paradigma de Ex 14 pueda ilustrar e iluminar la existencia actual de muchos de nosotros, especialmente en este nuevo Adviento. Como seguidores de Jesucristo muerto y resucitado, y como seguidores humildemente convencidos de que Él nos da la vida y la salvación, de que Él es la luz que ilumina nuestro caminar, vivimos ya en libertad, con esa libertad que sólo Él nos otorga. Al igual que Israel, vivimos en libertad en el desierto, un lugar lleno de vida y posibilidades, que, a su vez, se encuentra alejado de Egipto, tan lleno de muerte y esclavitud, de servidumbre y dominio del potente y malvado Faraón. Pero un lugar (el desierto) que no es ajeno a nuestras preguntas, dudas, miedos, pues en él pueden aparecer –y, de hecho, así lo experimentamos con frecuencia– otros señores que quieren que les sigamos, que quieren que nos vayamos con ellos, que quieren que volvamos a lugares conocidos, en los que apenas reina la libertad, en los que apenas alumbra la luz, en los que no se oye normalmente la palabra salvación, pero que nos resultan muy atractivos. ¿Qué hacer entonces en el desierto?



Los buenos mediadores

Si el miedo, la angustia, el desánimo, la frustración son nuestros compañeros habituales en nuestra vida presente, si percibimos ésta insulsa, vacía e incluso ausente de sentido, es momento de gritar a Yahvé y de quejarse ante un buen mediador, quien, por ser como Moisés, ciertamente ni riñe, ni reprueba, ni prohíbe, ni condena. Gritar a Dios abierta, clara e incluso primariamente en nuestro espanto, en nuestra soledad, y dirigirse y acercarse a un buen mediador. Sí, puede ser más decisivo de lo que pensamos abrirnos sincera y valientemente a alguno de los buenos mediadores de Dios presentes y activos en nuestra vida desértica, a alguna de las buenas mediadoras de Dios que viven muy cerca de nosotros en tan decisivo lugar. A diferencia de lo que le sucede a Israel en Ex 14, que se dirige sin dudar un ápice al mediador adecuado (algo, por otra parte, comprensible, si se tiene en cuenta el camino por ambos recorrido, narrado entre Ex 3 y Ex 14), nos puede quizás suceder que no seamos capaces de distinguir quién puede ser realmente nuestro mediador o mediadora. Es cierto, con frecuencia se nos presentan muchos mediadores y muchas mediadoras; algunos nos ofrecen la salvación y la liberación de Dios; otros muchos, en cambio, meros sucedáneos de ambas. Sería una simpleza afirmar que este último grupo está poblado únicamente de mediadores que no quieren seguir a Jesús muerto y resucitado y que ofrecen productos no religiosos, ya que en él podemos encontrar también algunos y algunas que se perciben, presentan y consideran a sí mismos buenos seguidores suyos y mejores guías para acompañar, orientar y acercar a otros a Jesucristo.

Un buen mediador y una buena mediadora que viven junto a nosotros en el desierto son aquéllos, son aquéllas que ciertamente nos hablan, nos presentan y nos acercan a un Dios que entrega y ofrece el don más preciado que puede dar, la salvación, entendida ésta en los términos ya reseñados de Ex 14. Y lo hacen invitándonos a acudir a lugares desconocidos, a desplazarnos hacia el mar, a ponernos en camino hacia lugares hasta ahora

no visitados, en los que la inseguridad a la vez que la novedad están en ellos muy presentes. Lugares que invitan a vivir el hoy en apertura hacia el futuro desconocido y novedoso, en el que se va a recibir la vida, y que, al mismo tiempo, invitan a romper con un pasado (¡ojo, no con todo el pasado!) caracterizado por la muerte y la ausencia de vida.

Unos buenos mediadores son, además, aquéllos que nos ofrecen pistas para dirigirnos y encaminarnos a esos lugares todavía desconocidos y llenos de novedad (un GPS que dirían los más pragmáticos), a ese futuro cercano, abierto y desconocido, en donde Dios va a revelarse como salvador, va a hacer visible su salvación; probablemente, a través de una palabra que no hable nunca de ellos mismos ni de sus logros, sueños o ambiciones desmedidas, sino de la salvación visible de Dios y de los lugares donde puede suceder, y que, al mismo tiempo, sea clara, valiente y atrevida. Al fin y al cabo, no se puede prever, calcular, adivinar dónde va a revelar Dios su salvación. Sí se puede intuir u oler y, por eso, la acción de los mediadores y sus palabras



NOTAS

1. K. RAHNER, *Homiliario bíblico*, Herder, Barcelona 1967, p. 68.

2. A. BERGAMINI, "Adviento", en D. SARTORE-A. M. TRIACCA (eds.), *Nuevo diccionario de liturgia*, San Pablo, Madrid 1987 (3ª ed.), pp. 50-53; J. M. BERNAL, *Para vivir el año litúrgico. Una visión genética de los ciclos y de las fiestas*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1997, pp. 213-219.

3. Nos han inspirado mucho en las páginas que siguen a continuación estas tres obras: B. S. CHILDS, *El libro del Éxodo. Comentario crítico y teológico*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2003; E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, *Cercanía del Dios distante. Imagen de Dios en el libro del Éxodo*, Publicaciones Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2002; J. L. SKA, *Le passage de la mer. Étude de la construction, du style et de la symbolique d'Ex 14,1-31*, Editrice Pontificio Istituto Biblico, Roma 1997 (2ª ed.).

presentan un importante elemento de riesgo. ¡También en eso son similares a Moisés, que es el que más arriesga en Ex 14!

El cultivo de los sentidos

Una acción y una palabra de los buenos mediadores que –segunda posible pista– faciliten y ayuden a cultivar el sentido de la vista y los otros sentidos que nos configuran. Mediante orientaciones, terapias y ejercicios diversos, pueden enseñarnos a poner en funcionamiento toda la riqueza que nuestros sentidos contienen y poder así decir –como Israel al entrar en un lugar para él desconocido– que hemos visto la salvación que Dios nos ofrece. Ello hará posible desterrar de nuestro imaginario y vocabulario falsas percepciones de la salvación y el amor que Dios nos concede, que mucho tienen que ver con un peligroso narcisismo que a todos nos acompaña, con una confusión de planos (afectivo, intelectual, etc.) a la que nadie es ajeno. Y ello hará posible, sobre todo, poder expresar, mediante una palabra que brote de nuestro corazón, nuestra fe en Dios y en sus buenos mediadores, poder confesar, como Israel en Ex 14, 31, que creemos en Dios y en sus buenos siervos colaboradores.

El Adviento es tiempo de ir a otros lugares, quizás nuevos y desconocidos; lugares donde se pueda ver y escuchar el siempre novedoso “y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria”. Lugares donde se huela que esa Palabra salvadora va a dejarse ver, a comunicarse. El Adviento es tiempo de ir a esos lugares de la mano de buenos mediadores y mediadoras, capaces de conducirnos a ellos y de prepararnos y preparar nuestros sentidos para estar en ellos y poder ver y reconocer allí la verdad de la Palabra encarnada: la que está presente entre nosotros de un modo aún no definitivo. Busquemos, pues, en este tiempo que se acerca a estos nuevos “Moisés” para que, a través de su palabra y su vida, nos conduzcan a sitios donde quizás no nos atrevemos a ir, para allí poder confesar que hemos visto la salvación que Dios nos ha concedido, que hemos visto, recordando el comienzo de este Pliego, que el Señor ha venido, pero en verdad está aún viniendo.



EN EL CORAZÓN DE LA HISTORIA



Situado en un entorno privilegiado y a tan solo 150 m de la Catedral de Santiago se encuentra el **San Francisco hotel Monumento**, uno de los conjuntos históricos más emblemáticos de la ciudad, declarado Bien de Interés Cultural.

EL origen del convento se remonta a la **peregrinación** de San Francisco de Asís al Apostol en **1.214**, y hoy sigue siendo un referente para los peregrinos que buscan tranquilidad, comodidad y espiritualidad al finalizar su **Camino**.

Recientemente rehabilitado, el diseño moderno del edificio se fusiona a la perfección con la arquitectura del siglo XVIII.

El hotel dispone de 82 habitaciones, 2 **claustros cubiertos**, auditorio, 6 salas de reuniones, restaurante, comedor monumental, comedores privados, el museo de Tierra Santa, 30.000 m² de zonas verdes...

Cabe destacar la excelente cocina que combina tradición y últimas tendencias con los productos de las huertas de los frailes.



CAMPILLO SAN FRANCISCO 3
15705 SANTIAGO DE COMPOSTELA – A CORUÑA, ESPAÑA
TEL +34 981 581 634 FAX +34 981 571 916
WWW.SANFRANCISCOHM.COM, COMERCIAL@SANFRANCISCOHM.COM

sanfrancisco
HOTEL MONUMENTO